

Carlos González C.

OBISPO DE TALCA



TRES

PIEDRAS

EN EL CAMINO

ORIENTACIONES PASTORALES PARA 1989 - Talca, 26 de Marzo de 1989

TRES PIEDRAS EN EL CAMINO

Mons. Carlos González C.
Mons. Pablo Lizana R.

Se terminó de imprimir
el 20 de Marzo de 1989
en los Talleres de **Marana-tha Ltda.**
1 Norte 549 - F. 23 44 28 - Talca
Impreso en Chile

TRES PIEDRAS EN EL CAMINO

ORIENTACIONES PASTORALES PARA 1989

Talca, 26 de Marzo de 1989

Í N D I C E

LOS TRES GRANDES OBSTÁCULOS QUE DEBEMOS REMOVER PARA INICIAR UN PROCESO DE CAMBIOS VERDADEROS

A. CRISTO LLAMA A LA LIBERTAD

B. LA FRAGILIDAD DE LA FE

C. EL PECADO QUE NO SE PERDONA

Queridos cristianos:

Hace ya varios años que se ve necesario una renovación en la pastoral, en los métodos de trabajo, en la formación de personas. El rostro del mundo se ha transformado profundamente por los avances tecnológicos, por los medios de comunicación y por un estilo de vida diferente que va modificando la escala de valores de toda la humanidad.

El Santo Padre, en Santo Domingo, ha planteado la necesidad de *“una evangelización nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en sus realizaciones”* Juan Pablo II plantea la necesidad de *“un esfuerzo evangelización que se traducirá en despertar con mayor vigor un potencial de santidad, un gran impulso misionero... un combate evangélico de dignificación de la persona humana... un gran esfuerzo de esperanza...”* (12 de Octubre 1984 en Santo Domingo)

Es fácil percibir tensiones no resueltas en nuestra vida pastoral: falta una coordinación mayor entre parroquias y comunidades cristianas con los movimientos de espiritualidad; no se logra un real equilibrio entre acción y renovación del personal consagrado: el laico desea asumir un rol en la Iglesia y manifiesta que el sector clerical es demasiado fuerte y ahoga sus iniciativas; falta claridad en los diversos roles de la Iglesia y no hay una formación armónica de las personas en su vida cristiana que no han logrado integrar la dimensión de la fe en lo personal y lo social.

Existe un acelerado y excesivo movimiento. Las reuniones parecen estar sobredimensionadas y tal vez es cierto

que hay muchos encuentros para ver cómo anunciar a Cristo, pero no queda tiempo para anunciarlo. Hay muchos diagnósticos valiosos pero no hay capacidad real para sacar las conclusiones.

Podríamos seguir enumerando tensiones; pero nos aferramos a lo establecido y el temor hacia lo desconocido suele ser paralizante. Pareciera que gran parte de la resistencia a abordar una renovación verdadera, una “nueva evangelización” en el sentido de Juan Pablo II, está en la falta de libertad interior en los mecanismos de defensa que se ocultan en la actividad permanente para no querer ver los problemas reales. Hay miedo a tener que vivir en forma diferente en una aventura nueva. Porque no se ha profundizado en el riesgo del Evangelio que llama a vivir desarmados, en pobreza verdadera, y en docilidad a los caminos de Dios.

Nuestra Diócesis de Talca desea hacer un Sínodo para estudiar en profundidad la renovación que ve necesaria. Ha habido reuniones con los agentes pastorales y laicos más comprometidos y se ha visto la necesidad de emprender la tarea de una verdadera renovación interior y la búsqueda de los caminos que den respuesta a los problemas actuales.

Para 1989, como primer paso para el próximo Sínodo, proponemos sólo un objetivo: romper el bloqueo interior que impide abordar los cambios que se vean necesarios.

LOS TRES GRANDES OBSTÁCULOS QUE DEBEMOS REMOVER PARA INICIAR UN PROCESO DE CAMBIOS VERDADEROS

A. CRISTO LLAMA A LA LIBERTAD.

Muchos cristianos viven paralizados en su vida religiosa porque no tienen conocimiento de lo que significa ser cristiano.

Para estas grandes mayorías el cristianismo es un conjunto de leyes o de normas para “*estar bien con Dios*”. Fueron educados en lo que se puede hacer, en lo que está permitido y en lo que está prohibido. La relación con Dios está basada en el temor y la imagen de Dios es la imagen del juez y no la imagen del Padre.

Estas personas han centrado su vida cristiana en las prácticas religiosas, en la misas dominicales y en los sacramentos recibidos. La oración es un deber; pero tal vez, muchos no entendieron que también la oración es un derecho del cristiano para conversar con Dios su padre que lo quiere de verdad.

Es una visión de la vida cristiana basada en la eficacia más que la gratuidad. Se trata de acumular méritos para ganar el premio de la vida futura y esta línea lleva fácilmente, a vivir un cristianismo de contabilidad de obras buenas y de pecados.

Inevitablemente este esquema lleva a una concepción estática de la vida cristiana que termina en rutina y mediocridad. Es una perspectiva poco atractiva y, sobre todo la juventud afirma con frecuencia la religión es aburrida, monótona, que se debe aceptar por obedecer a sus padres; pero que se podrá dejar cuando se llegue a la mayoría de edad.

Para muchos adultos lo religioso es un freno moral necesario para regular la vida y las costumbres de la sociedad. Sirve para que haya orden y que no se produzcan demasiados desmanes. Acatan la religión porque trata de colocar algunas reglas del juego que dan estabilidad a la familia en la sociedad.

Este esquema afecta también a los sacerdotes y a los consagrados a Dios, quienes a veces parecen vivir en una religión del deber, en un quehacer apostólico agotador porque están “*cumpliendo*” con un compromiso adquirido, con una palabra entregada a Dios en el momento de recibir el sacerdocio o al hacer los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia.

Para estas personas creyentes iniciar un proceso de cambios, es una perspectiva nueva, produce temor porque amenaza seguridades y costumbres ya adquiridas. Sin pensarlo han optado por una vida cristiana sin perspectivas y poco atractiva.

Esta es la primera gran piedra que impide de abordar una “*nueva evangelización*” ya que la tradición, gran valor de la iglesia, ha sido mal interpretada y constituye un mecanismo para defenderse de posibles dificultades.

¿Qué se puede hacer? ¿Por qué se ha producido esta paralización mental? ¿Qué falla en los cristianos?

Son personas de buena fe pero hay amarras que les impide crecer.

Nunca, tal vez, se les enseñó que la vocación cristiana es un llamado a la libertad y que Cristo, según San Pablo, *“murió para que viviéramos en libertad”*. (Gál. 5. 1 y 5. 13)

Son necesarias las prácticas religiosas, en especial, los sacramentos y es importante que las normas morales sean respetadas; pero el mensaje cristiano, más que un conjunto de leyes, es por sobre todo una vocación a la plenitud de una vida atrayente, capaz de darle sentido a todo lo que podemos pensar y vivir. *“He venido para que tengan vida en abundancia”*, nos dice Jesús. (Jn. 10, 10)

Dios es padre y seremos más cristianos en la medida que hayamos entendido mejor que somos hijos de Dios y que estamos en la mano de quien busca lo mejor para nosotros.

Dios se libertó y creó al hombre para que creciera y dominara toda la creación y fuera señor de la tierra. Así lo dice el Génesis, en el inicio de la Biblia. Dios quiere a personas maduras, adultas, libres en su corazón, con felicidad y alegría de vivir.

No se trata de una libertad desquiciada que termina siendo una anarquía. Es la libertad interior de quién vive con un corazón pacificado porque ha descubierto el amor de Dios y la vocación a la libertad de los hijos de Dios.

Siempre el gran modelo cristiano será Jesucristo. Él es libre y por eso es liberador. Jesús es libre de prejuicios y de temores. No depende de los títulos y no busca a los poderosos. Jesús vive sin ataduras y su profunda libertad está fundamentada en la unión y en el amor al Padre, porque se siente y se sabe Hijo.

No es un rebelde; pero sí es libre y nos llama a esta vocación. Él nos dijo que *“la verdad nos hará libres”* (Jn. 8)

* * *

La deformación de la vida cristiana en un esquema mal orientado, es la primera piedra que debemos retirar del camino para llegar a un proceso de renovación.

Es importante rectificar esta deformación de la vida cristiana porque además de presentar una imagen distorsionada trae consecuencias que hacen daño a toda la iglesia.

Por este camino llegaron cristianismo individualista que piensa muy poco en el prójimo y que se extiende directamente con Dios con lo cual la Iglesia (comunidad) queda de lado.

Son personas que buscan a *“su dios”* y suelen ser tremendamente egoístas.

En este esquema no se valora la justicia social y el respeto a la dignidad de las personas. Si son patrones pagarán salarios injustos y si son empleados serán irresponsables en sus actividades.

Es un esquema que aspira cumplir sólo lo exterior (la ley); pero no es la religión “*en espíritu y en verdad*” que pide el evangelio. Vivirán un perfeccionismo aparentemente bueno; pero como dice Jesús “*Honran a Dios con sus labios pero su corazón está lejos de mí*” (Mt. 15, 8).

Es un fariseísmo religioso que cumple las letras de las leyes establecidas; pero no atiende el espíritu que anima está leyes.

Incluso se puede descubrir, con alguna frecuencia verdaderos paganos insertos en una estructura cristiana con una etiqueta superficial que no llega al corazón.

Por el contrario, una formación para la libertad debe incluir necesariamente una adhesión del corazón a los valores cristianos, para no someterlos a continuas relativizaciones que transforman la vida cristiana en una máscara que no tiene verdad.

Una formación para la libertad implica educar para asumir responsabilidades en el orden social y político en el cual se está introduciendo nuestro país.

La formación liberadora debe, también, conllevar a que las personas sean sujetos activos, protagonistas de su vida y el proceso histórico en el cual les toca vivir.

Educar para la libertad implica, de alguna manera, renunciar a los tutelajes sobre los otros, abandonando falsos paternalismos que mantienen en una eterna e injusta infancia a tantas personas.

Educar para la libertad es también aprender a pasar a un segundo o tercer plano permitiendo que otros crezcan como lo muestra Juan Bautista en su relación con Jesús.

En fin, educar en libertad significa aprender a responder adecuadamente a las realidades y conflictos del hombre concreto que debemos servir en el tiempo que vivimos. Implica atención a las personas, a los acontecimientos, a los signos de los tiempos, aprender a desprenderse de lo que deja de tener sentido para asumir otras formas de servicio.

Mientras no se haya abordado con seriedad una verdadera formación que eduque en esa libertad que muestra Jesús, en una concepción vital de fe, será muy difícil profundizar *“la nueva evangelización”*, que pide el Santo Padre.

B. LA FRAGILIDAD DE LA FE.

El segundo gran obstáculo para una renovación pastoral está en la fragilidad de nuestra fe.

Gracias a Dios, todos los cristianos reconocen que Jesucristo es Dios y Hombre verdadero y en los últimos años, con la mayor difusión de la Biblia, especialmente del Nuevo Testamento, el rostro de Jesús y su importancia en la vida cristiana adquirido gran relieve. *“La primacía de Cristo”* parece ser un avance valioso de nuestra vida cristiana.

La limitación y la fragilidad radica en que, con frecuencia, esta fe no se traduce en vida real, que llegue a los acontecimientos. Es una fe incompleta y dada la magnitud del problema nos referiremos sólo a un aspecto de la fragilidad de la fe.

El cristiano acepta el perdón de Cristo que pasa por el Sacramento de la confesión; pero no logra avanzar y descubrir que Jesús no sólo perdona sino también sana las heridas que dejan el pecado y *“las estructuras del pecado”* en las cuales estamos insertos.

Jesucristo, lo muestra el Evangelio, sana a Nicodemo del miedo y ese hombre temeroso se transformó en un hombre nuevo que saca la cara y llega a pedir el cuerpo de Cristo para sepultarlo después de la Pasión y Muerte en la Cruz. Jesús sana de los complejos de culpas, a la mujer sorprendida en adulterio y a Pedro que lo ha negado tres veces. El sana del miedo a los dos hombres que estaban entristecidos y les comunica

la paz, en el pueblo de Emaús, cuando “lo conocieron al partir el pan”. Jesús sana los complejos de inferioridad, las historias familiares penosas y los traumas de una infancia poco feliz.

El Evangelio nos muestra el rostro de un Cristo liberador que sana los corazones desgarrados y rompe las cadenas de los oprimidos. El presenta “la buena nueva” a los pobres y toda su vida es un ejemplo de cómo se debe construir un mundo más humano, con relaciones humanas normales y abiertas. Impresiona ver su trato con la mujer samaritana y como rompe la distancia entre los judíos y samaritanos que se odiaban en forma total. El anuncia que “la tristeza se cambiará en gozo” e incluso nos muestran su muerte como abordar el paso de la vida al cielo. Jesús vive y muere reconciliado consigo mismo y así va sanando las personas y las relaciones humanas.

Cuando alguien se queda con sus sentimientos de culpabilidad, con resentimientos y odios, es señal que no ha entrado en la fe que nos pide Jesucristo. Cuando se vive en la tristeza, en el miedo o en el desaliento, es signo de que no se ha dejado entrar en el corazón a Jesús que sana y mejora nuestras vidas. Si se vive con la mirada detenida en una historia personal traumatizante y no hay progresos para asumir el perdón y darle un sentido de redención será un signo de que la fe es demasiado frágil o está mal orientada.

Para trabajar un Sínodo es en un proceso de cambio será fundamental entender la fe con una realidad positiva y dinámica. La verdadera renovación sólo se producirá cuando Jesús signifique salvación y purificación.

Muchas personas leen y meditan el Santo Evangelio y parecen quedarse, en muy alta proporción, en los milagros de orden físico, en la mejoría de los leprosos, los paralíticos y los enfermos; pero no logran descubrir este maravilloso camino del Salvador que va sanando y limpiando los corazones porque Él es el Príncipe de la Paz y su gran tarea es evangelizar. Jesucristo es el Evangelizador, o sea aquel que trae la esperanza y logra mostrar una vida de alegría y esperanza.

Conviene revisar nuestra relación con Jesucristo y nuestras realidades sobre la fe. No basta sólo decir que hay fe, ya que es fundamental alimentar y crecer en la fe, que debe ser el motor que da vida a nuestro ser.

A veces, tal vez a ustedes también les sucede, no surge la pregunta ¿tendrá fe esta persona? ¿en qué cree de verdad? y las respuestas suelen no ser fáciles es porque se percibe, penosamente, una fe frágil o estática que nunca llevará a la conversión del corazón. Ese es el problema y este es el segundo gran obstáculo para un trabajo serio. Esta es la segunda piedra del camino que impide la vitalidad y el coraje para arriesgarse a ver las realidades con madurez y verdad.

Esta fragilidad de la fe, la segunda piedra, si no es retirada del camino cristiano lleva un cristianismo parcial y reducir sus dimensiones.

Semejante a la primera piedra lleva un cristianismo sin horizontes y de pocas esperanzas. No genera hombres y mujeres capaces de irradiar alegría y seguridad. Muestra personas buenas y correctas; pero creer en el Cristo

Resucitado que sana y veda las heridas es mucho más que una religión de personas buenas.

Jesucristo, entendido integralmente, tiene una energía y una vitalidad capaz de transformar el mundo y el día que aceptemos a Jesús con sus verdaderas dimensiones se producirá la revolución de las estructuras porque los corazones estarán purificados, serenos y deseosos de justicia y de verdad.

La libertad del Resucitado lleva una actitud diferente y toda la vida quiere otra dimensión.

Esta segunda piedra debe ser removida y el Cristo completo nos cambiará la vida. Él es el camino, la verdad y la vida.

C. EL PECADO QUE NO PERDONA.

El Concilio Vaticano II terminó en 1965 y marcó una etapa nueva de nuestra Iglesia. Han sucedido Sínodos en Roma y encuentros importantes en Medellín y en Puebla.

Siempre se ha aplicado que la transmisión de una idea es lenta y que para que haya una asimilación real de conceptos nuevos se requieren años y etapas largas y progresivas.

Esa realidad debe ser tomada en cuenta; pero también es verdad que la resistencia a las grandes transformaciones que se encuentran en las personas está, en proporción importante, en la poca docilidad al Espíritu y a sus inspiraciones.

San Pablo pedía en sus cartas que *“no apagarán o entristecieran al Espíritu”*. Él decía que *“son hijos de Dios los que son llevados por el Espíritu”*.

Jesús nos habla del Espíritu Santo como un *“abogado”* que *“nos trae la verdad completa”*.

Él no nos deja solos ya que envió al Espíritu Santo en Pentecostés. Cada día hay una acción del Espíritu Santo que va orientando nuestras vidas y toda la vida del mundo.

Hoy día, se ha multiplicado en forma extraordinaria la devoción y el deseo de escuchar los caminos del Espíritu. Es una realidad de mucha esperanza; pero aún falta mucho camino por recorrer.

Se nos pide leer y discernir todo lo que sucede bajo la inspiración del Espíritu Santo y cada acontecer no es una coincidencia o un capricho humano. Hay siempre una acción de Dios que es necesario descubrir.

Si hay menos sacerdotes en una iglesia no basta quejarse por la falta de generosidad de quienes deberían buscar la vida sacerdotal. Si las organizaciones parroquiales no coinciden con los planes señalados no es suficiente responder que los planes estaban malos o que las personas son poco responsables. Sí el carácter temperamental de un pueblo, en este caso de los chilenos, tiene limitaciones de poca perseverancia o superficialidad no bastará constatar el hecho.

Es necesario buscar respuestas positivas a cada interrogante o desafío que va apareciendo por los caminos de la Iglesia y por los caminos personales. No se trata de canonizar todo porque hay errores y deficiencias; pero sí es importante saber discernir lo que pide el Espíritu Santo para encontrar respuesta a lo que parece imposible.

En Pentecostés nos dice la Biblia los primeros cristianos estaban “*en oración*” y estaba “*la Virgen María*” y así sucedió el milagro de las lenguas y se lograron entender quiénes hablaban diversos idiomas.

Hoy día falta vida de oración y no se ven muchos cristianos que tengan tiempos prolongados de oración.

Sin oración jamás escucharemos la voz del Señor y viviremos en el desaliento o en un tejido permanente de lamentaciones.

Dios quiere que demos *“frutos de paz alegría serenidad concordia y fraternidad”*. Son los frutos del Espíritu Santo y con frecuencia esos frutos no aparecen porque son apagados por los frutos de la carne *“el odio, la maledicencia, el rencor, el desamor”*.

Al meditar el último capítulo de la carta a los Gálatas sabremos si vivimos en la carne o en el espíritu porque allí se indica los frutos que producen las diversas tendencias.

Es necesario entrar en la oración, en la búsqueda permanente del rostro de Dios, en tiempos de adoración al Único que merece ser adorado.

Faltan santos en nuestra Iglesia y el ejemplo de Juan XXIII, de Paulo VI, de Monseñor Larraín, del padre Hurtado nos señalan los caminos. Creyeron en Dios, con una fe dinámica y aceptaron ser sanados por Jesús. Fueron hombres guiados por el espíritu y su memoria permanece.

Un cristiano es quien vive como *“testigo de Jesucristo”* y ellos vivieron de tal forma que realizaron esta petición que hizo el Señor a los primeros apóstoles.

Impresiona ver el amor de los chilenos por Juanita de los Andes. Nuestro pueblo ve que allí hay alguien que creyó estas grandes verdades y fue consecuente con su fe.

Es urgente abrírnos a la fuerza del Espíritu Santo y esta tercera piedra tal vez es el problema clave para remover los obstáculos anteriormente señalados.

Quien se cierra a la voz del Espíritu Santo suele encerrarse en su orgullo, en la testarudez sin encontrar posibilidades de renovar su vida.

El cristiano que se ciega en sus falsas seguridades peca contra el Espíritu Santo y ese es *“el único pecado que no tiene perdón”*. Así lo dijo Jesús en el Evangelio de San Juan.

La palabra humildad parece ser una palabra anticuada; pero que grave error es pensar en esa forma. Humildad viene del *“humus”* o sea es la tierra de hojas que es la mejor tierra para que germine la vida de la tierra y la gracia en el corazón humano.

Los cerrados al Espíritu son autosuficientes y suelen ser prepotentes que aplastan a quienes los rodean. Al revés, quien está abierto al trabajo del espíritu sabrá escuchar, podrá perdonar y perdonarse. También será posible que asuma las grandes transformaciones necesarias.

La generación de los jóvenes, la gran mayoría del país, debe ser escuchada por los mayores y este problema de vital importancia dependerá de la acción del Espíritu que va iluminando siempre los diversos momentos y etapas de la historia humana.

Estar atentos al espíritu es facilitar la acción de los laicos en las estructuras de la Iglesia, con la libertad y el derecho de pertenecer activamente al Pueblo de Dios. Es, también, por parte de los laicos, hacer suya a esta Iglesia, amarla con sus defectos y sus virtudes, servir a los otros servir a los otros y crecer en comunidad.

Escuchar al espíritu es tener iniciativa, atreverse a proponer planes e ideas, crear nuevos caminos y emprender la marcha hacia nuevas formas de evangelizar. Es reconocer con humildad que no siempre lo que hacemos es lo mejor, y que hay otros caminos que se deben buscar para intentar transitarlos.

Escuchar al Espíritu es cambiar las perspectivas ante los momentos históricos diferentes. Es estar dispuesto a abrirse, a dejarse interpelar humildemente por estos momentos históricos determinados.

Escuchar al Espíritu es ser receptivos ante los otros, ante las personas, ante sus ideas y proporciones, no siempre convergentes con las nuestras.

* * *

Jesús ciertamente pensó en una iglesia desligada del poder temporal, pobre y misionera. El soñó con una iglesia comprometida con la liberación integral la liberación integral de todos los hombres y mujeres de la tierra, Él quería la Iglesia del testimonio, no triunfalista; pero si una Iglesia con alegría y esperanza.

Esa es la iglesia de Pentecostés, una Iglesia de cristianos en búsqueda, peregrinos que viven en la esperanza y que saben que Jesús regresará *“como un ladrón”* y que el *“juicio comienza ahora”*. Es la Iglesia *“abierta las Sagradas Escrituras”* y al tiempo en que se vive.

No podemos como dice el Antiguo Testamento, *“dejar las fuentes vivas para acudir a los pozos vacíos”* y no podemos dejar de pensar en una Iglesia en éxodo permanente. Si los pastores olvidamos esta realidad de siempre el pueblo de Dios se instalará muy rápidamente en lo establecido, en el mal sentido de la palabra.

Vamos entrando en un mundo diferente, en una civilización nueva. Se nos pide respuestas a lo que viene. Eso es la *“nueva evangelización”* que pide el Santo Padre.

Todo esto sólo es posible si nos dejamos llevar por el Espíritu y sus siete dones.

Se nos pide morir para resucitar y así entrar en el corazón del mundo con un espíritu renovado de fe y esperanza.

La pregunta será siempre la que hizo San Pablo *“Señor, que quieres que haga”*.

Dejémonos llevar por los caminos del Espíritu y allí encontraremos la respuesta.

* * *

Esta es nuestra tarea para 1989. Sacar las piedras del camino y entrar en un proceso de renovación para llegar a un tiempo en que podamos dar los pasos de Dios; ya sea en el próximo Sínodo, o por los misteriosos caminos del Espíritu Santo.

Entramos en el año 1989. Si no tenemos gran cuidado, puede ser un año dominado por la lucha política. Esa lucha es legítima e importante; pero para saber llevarla como cristiano es necesario vivir lo escrito en estas páginas que son las orientaciones diocesanas para este año. En estas orientaciones habrá que incluir el programa de formación social que esperamos sea bien asumido por todos.

Pedimos a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los diáconos, a los ministros, al laicado, a quienes trabajan en las diversas tareas de Iglesia, acoger estas líneas con amor y encontrar la manera de darles vida para que no sean sólo un escrito que se lee y se guarda.

Necesitamos crecer, agilizarnos en la búsqueda del querer de Dios y para eso sugerimos una disposición que sólo se podrá adquirir sacando las tres piedras del camino.

Que la virgen María, presente en Pentecostés, nos ayude y bendiga.

+ PABLO LIZAMA R.
Obispo Auxiliar

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

**TRES
PIEDRAS
EN EL CAMINO**
